



VIZCAYA

Untzillaitz (941 mts.)

Formando parte de las Peñas del Duranguesado, que corren de N. O. a S. E, álzase entre Mañaria y Acharte el monumental mogote calizo de UNTZILLAITZ, que eleva su cresta máxima a 941 mts. sobre el nivel del mar.

Resulta interesantísima la visita a esta mole rocosa, ya que si por la cara de Durango resulta áspera, por el contrario, en la parte de Mañaria se transforma en tupido hayedo que cubre toda la ladera, dejando únicamente al descubierto su dentada crestería.

Préstase este frondoso bosque de forma maravillosa para establecer acampadas. Por el contrario, sus abruptos paredones, cual son el S. S. O. que mira a Urquiola y la cara S. E. que desciende a Acharte, formando la Torre de Urrestey, dan ocasión a los escaladores para ejercitarse en tan difícil especialidad montañera.

Muchos y variados son los itinerarios que pueden seguirse para alcanzar su cima —los más usuales se reflejan en el croquis que ilustra este escrito— pero la ascensión normal es el llamado «camino de San Martín».

Iniciase la subida, por la izquierda de la carretera de Urquiola, en el término de Mañaria, una vez rebasada la ermita de San Antonio, pasando, en principio, junto al molino de Mañariazko. Sucesivamente encontraremos los caseríos de Larrea-Kanpaneta y Legorra, hasta llegar al de Kanpana.

Dejando a la derecha el camino que conduce a la barriada de Aldegoyena, se continúa por el de la izquierda, adentrándose en el hayedo de San Martín, que toma su nombre de la ermita que se levanta en este frondoso lugar. Después de unos 20' de ascensión, alcánzase el final del límite de hierba, encontrándonos justamente en la base del

portillo de Algori, que desciende vertiginosamente desde la brecha de Fraileburu, formando la pedriza de su nombre.

Por ésta, resulta más corta la ascensión, pero incomparablemente más penosa y arriesgada que el itinerario normal. El camino gira ahora totalmente a la izquierda y continuando por un pequeño sendero, orientado hacia la arista N. N.O, alcanzamos el portillo de Orayeta (540 mts). Traspasado el mismo, nos encontramos ya en la cara N. N.E. y trepando por una sencilla pedriza, que corren entre dos mogotes rocosos, inclinándonos hacia la derecha en busca de la arista E. alcanzaremos la cresta de Kurutzeta (927 mts.) para unos minutos más tarde conquistar definitivamente la cumbre máxima (941 mts.)

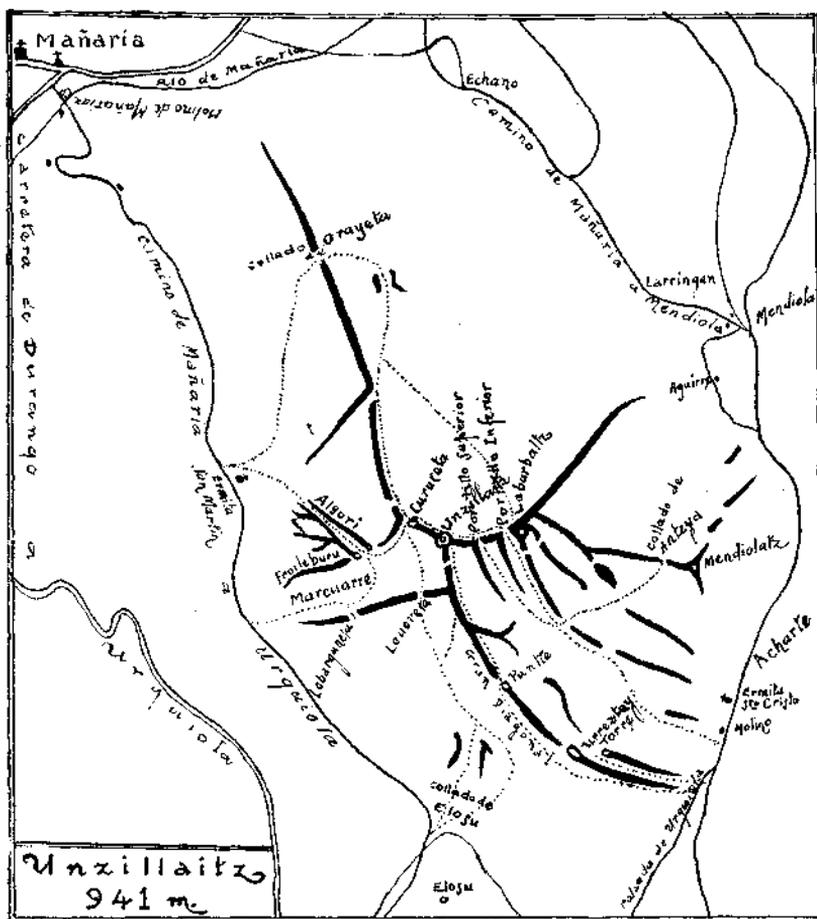
Esta altura, como magnífica atalaya, ofrece a nuestra mirada un hermoso panorama. En gozosa contemplación, admiramos, por el N. la verde campiña del valle de Durango, cerrado por la dilatada crestería del Oiz. Y girando nuestra vista, corriéndola en principio hacia N.O, veremos la gallarda Mugarra, el macizo frente roqueño de Escubaratz, la cumbre airosa de Saibi, rematada por monumental Cruz. Sucesivamente, apreciaremos el puerto de Urquiola, fraccionado por la carretera que sube zigzaguendo por fuertes rampas; el Santuario de los Santos Antonios Abad y Padua; la redondeada cima de Urquiolamendi, que desciende suavemente hacia el collado de Asuntze, para trepar bravamente a la altura del Amboto, rey del macizo, que recorta su brava silueta sobre el fondo azul del infinito. Y, aproximándose hacia nosotros, la quebrada crestería de Alluitz y la más cercana de Aitz-Txiki, que baja vertiginosamente hasta el collado de Acharte.

Ya pensando en descender, seguiremos, como a la subida, una vía exenta de dificultades: la cara S. S.O., que nos conducirá a la carretera de Urquiola.

Iniciaremos el descenso, volviendo, en principio, hasta Kurutze. Desde este punto, mirando hacia O. veremos la gran pedriza de Markuarre; tomaremos por un sendero que bordea la base del paredón crestero de la cumbre de Untzillaitz y corriéndonos por la parte superior de dicha pedriza —dejando a

clive que nos conducirá a una antigua cantera, para salir por el collado de Elosu al caserío de Korteta y más tarde al de Santigena, situado sobre la carretera de Urquiola, precisamente en su unión con la calzada que sube de Acharte.

Dado que el presente itinerario puede realizarse perfectamente dentro de la mañana, desde este punto puede alcanzarse brevemente el alto de Urquiola, completando así una excursión de día completo, ya que las



la derecha la brecha de Fraileburu— alcanzaremos el portillo superior de la arista S.O. denominado Leuereta, entrando ya en la cara S. S.O.

Ahora, la senda desciende diagonalmente por regueros de menuda hierba y piedra suelta, pasando muy cerca de la cueva de Koberretas, en cuyo interior se encuentra agua fresca. A partir de aquí, el sendero pierde un poco su estructura, mas sin perder altura, alcanzaremos después un fuerte de-

vistas desde este lugar sobre los «Dolomitas Vascos», sobre todo a la caída de la tarde son excepcionalmente maravillosas.

Quien, por el contrario, desee reintegrarse rápidamente a Mañaria, debe tomar el camino de San Martín —que une aquella localidad con Urquiola— que sin pérdida le conducirá nuevamente a nuestra salida inicial.

XABIER DE SERTUCHA
DEL C. D. BILBAO

(Continúa en la pág. 71).

«Dólmenes en Landarbaso»



Yo ya sé lo que es un «dolmen»; he visto algunos en Aralar y Aizkorri. ...Pero confieso saber muy poquito de ellos; apenas si, comentando con los amigos, me he atrevido a decir que son las tumbas del hombre primitivo. Tampoco ignoro se ha llegado a decir que el individuo en ellos enterrado podría ser un «jefe» o persona notable entre las gentes de la tribu... Pero, bueno; no me preguntéis mucho más... Me pondría en un aprieto ciertamente grave a no ser que recordando uno de mis chistes dedicado a la Edad de Piedra me obligarais a contaros que encontrándose cierto día el viejo hechicero de la horda a la boca de entrada de su caverna, como necesitara llamar a uno de sus congéneres, pegó un grito estridente que profundizó en las entrañas del antro... Quedó un momento a la escucha y al recibir su propio aullido repetido por el eco, se volvió, entusiasmado, a sus compañeros presentes para comunicarles: «Acabo de inventar... el «gramófono»..!». Pero esto es poco serio y prefiero contaros algo de mi última salida con José, sincero enamorado de estas cosas.

Lo hemos tomado muy a pecho; José me ha asegurado visitaríamos alguna cumbre cubriendo un bonito recorrido. Me sorprende sentirlo muy animado. Presiento algo grave. Nada me ha revelado pero adivino me oculta alguna de sus ingenuas sorpresas y me dejó llevar por él en la seguridad de que el «bromazo» me va a costar una nueva paliza sobre la montaña...

Si; ahora me voy dando cuenta; por Rentería, hemos subido a Ventas para hacer el conocido camino de las Cuevas de Landarbaso. Afortunadamente lo hacemos tempranito pues el Sol promete «pegar» como en los días solemnes...

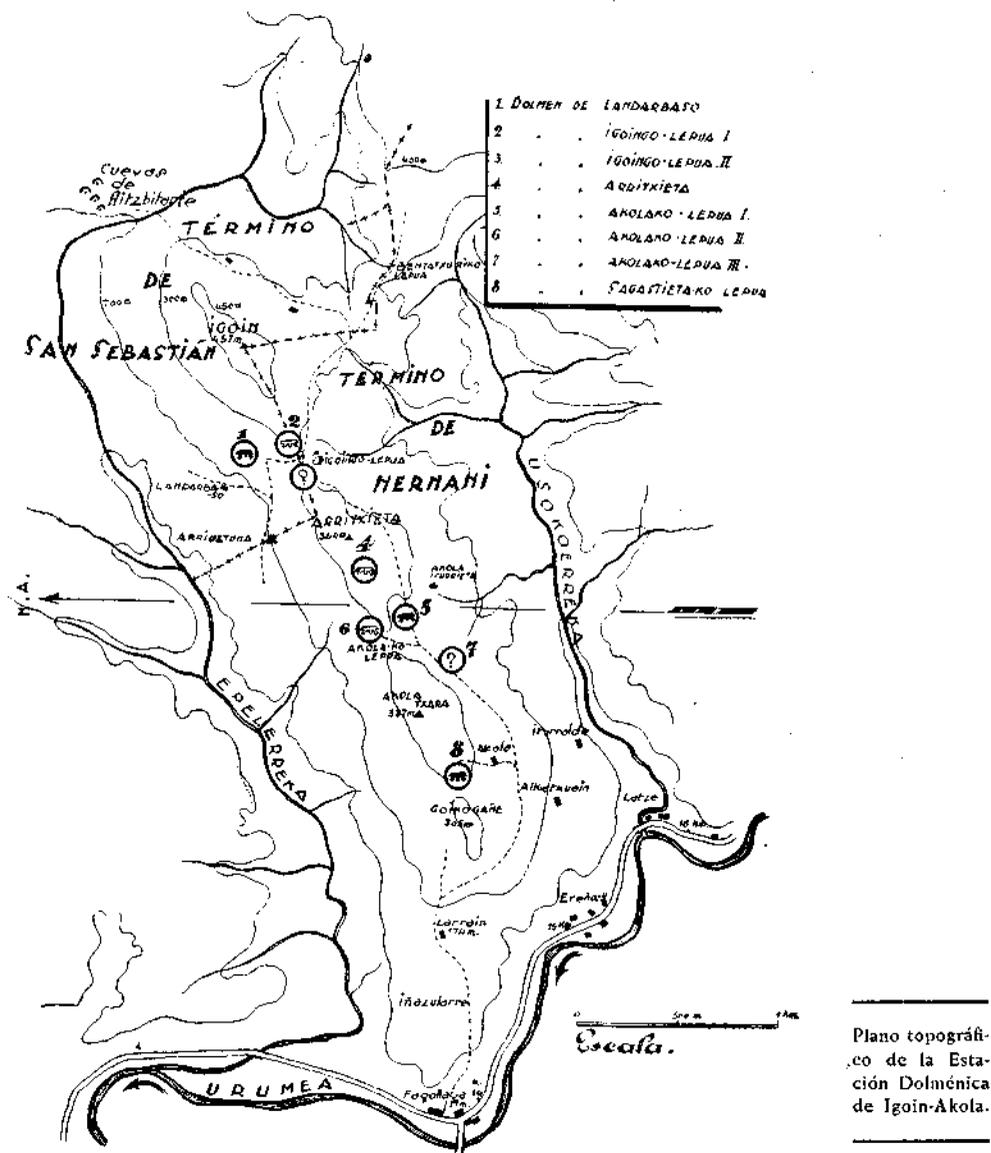
Sobre la marcha, José consulta su reloj y parece satisfecho de nuestra salida. Caminamos sobre la conducción de aguas jalonada por las «garitas-registro» que llegan a la altura de la centralilla eléctrica, próxima a las cuevas de Landarbaso. Y aquí comienzan mis sorpresas...

—Ya estamos en las Cuevas de AITZBITARTE—exclama José satisfecho. Aquí el mapa que interesamos; mira la situación de las cuevas... No; no me hagas gestos raros. Hoy no vamos a visitarlas. La cumbre que te prometí se encuentra próxima; IGOIN, 457 m., como indica el mapita. Ahora subiremos a ella. Estudia el gráfico; lee un rato el trabajo de que forma parte y, después, charlaremos.

Con la tranquilidad de conciencia del que sabe hace una buena obra, José ha dejado en mis manos el pequeño libro que muestra el mapita a estudiar. Al pié de la página, leo: «Fig. 2.—Plano topográfico de la Estación dolménica IGOIN-AKOLA»...

Se acomoda sobre la hierba y se dispone a soltar su plática dominguera.

—Miguel... ¡Otra vez «ARANZADI»! Y te lo volveré a mencionar tantas veces como entienda que, al hacerlo, puedo facilitarte alguna nota que desconoces. En «ARANZADI» saben hacer muy bien las cosas; esa estupenda revista que tienes en la mano, «Munibe», es una bella realización que se co-



dea ya con las mejores en su género y sale, prometedora y orgullosa, por encima de nuestras fronteras. Hace solamente unos días que recibí ese número; me acordé de tí y dejando para otra ocasión la promesa de hacerte visitar una cueva interesante, decidí consagrar nuestra excursión a vivir sobre el terreno la huella reciente de las exploraciones realizadas feliz y provechosamente por

los investigadores que componen ese primero y condensado artículo sobre dólmenes de nuestro solar, tan próximo a la capital de Guipúzcoa como puedes ver, dentro de su término municipal y en el de Hernani. Pero esta vez, querido Miguel, no voy a soltarte ningún «rollo»; sé que los temes, ¿quién no?... Vamos a movernos; repliega tus cosas y subamos a IGOIN...

—¿IGOIN?

—IGOIN; no Landarbaso, como verás si lees con cuidado el artículo y te sientes capaz de consultar su toponimia euskérica con los nativos del caserío...

Esto se ha puesto serio. No agrego nada más y me doy por satisfecho cuando observo que en la breve perorata he sabido medir mi tiempo para engullir, a velocidad de caníbal, mi bocadillo. José asciende la ladera de la montaña sorteando las irregularidades del terreno, a ritmo acelerado. Nuestra faena no ofrece mayor dificultad que la que supone soportar el solazo que padecemos. Un corto arreón y me sitúo «a la rueda» de José, pisándole los talones. Alcanzamos las rocas de la cresta—conglomerados de almendrón vinoso-parduzco—para llegar a la cumbre. Nuevamente el mapita de «Munibe» en nuestras manos; con él una brújula. José orienta el plano dejándolo descansar soportando la brújula, sobre una piedra horizontal.

—Mira—dice haciendo relación del plano al relieve—el collado de IGOIN. ARRITXIETA y AKOLA... Yo me distraigo y contemplo con cierta envidia la tentadora silueta de URDABURU que, al Sur, señorea el paisaje y nos domina como diciendo: «Os llevo un montón de metros de ventaja... Un poquito más y llegaríais hasta mí para sentiros más hombres..!»

Me iba entusiasmando con mis divagaciones; a penas mi pulso ha vuelto a la normalidad y ya me encuentro saltando de roca en roca iniciando nuestro descenso en la dirección de un caserío. Queremos llegar al collado de IGOIN pero no lo hacemos por la cresta; José me explica que es un trazado endiablado cubierto de maleza.

El caserío, el camino que llega a la muga de Hernani y a unos ochocientos metros, el collado de IGOIN. Muy cerca, José me descubre un montón informe de rocas; es el dolmen de «IGOINGO LEPUA II», según «Munibe». Muy próximo, al otro lado del camino y exactamente como se emplaza en el mapa, el de «IGOINGO LEPUA I». El primero visitado me ha decepcionado; no así el segundo que me gusta por recordarme a los que conozco.

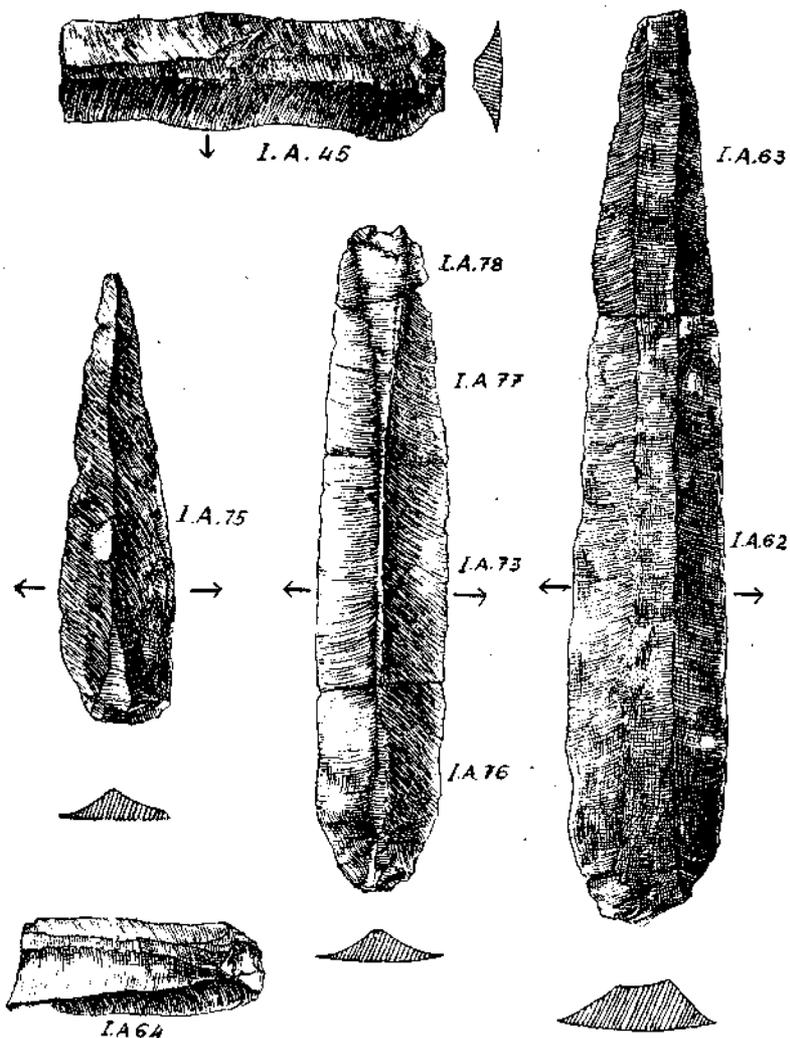
—No te emociona imaginar a nuestros lejanos antepasados cuidando sus rebaños sobre esta breve zona de nuestro recorrido..? Acaso en las cuevas de AITZBITARTE se refugiaran los individuos de la tribu de donde, en los días de paz, dando suelta a los animales encerrados en sus improvisados apriscos, se desparramarían por la montaña prestándola el color de su vida y su alegría...

—Si; me emociona, pero prefiero pensar que nuestros abuelos, tan inteligentes, aunque quizá menos experimentados que nuestros actuales «arzaías», tomarían el buen acuerdo de largarse a ARALAR con sus rebaños para evitar la desaparición de su riqueza y este solazo de justicia que derrite el seso a todo bien nacido. ¿Acaso aquellos veranos no eran como los nuestros...?

José, animado por la charla y viéndome interesado, me da cuerda a la vez que, descendiendo el camino a la busca del caserío de Landarbaso, salta ma-

torrales con la agilidad de un chivo salvaje. Nuevamente sobre el camino, más sosegada la marcha y próximo nuestro objetivo, agrega:

—Me gusta tu pregunta; sólo quiero recordarte que en «ARANZADI» podrás encontrar una contestación mejor y más científica que la que yo te ofrezco; piensa en los animales que decoran la cueva de SANTIMAMIÑE. Es posible que aquellos veranos fueran menos calurosos que los nuestros...



Cuchillos de piedra de sílex de los dolmenes de Landarbaso.

Cerca del caserío, partiendo de él, un camino de explotación de monte —el «gurdi-bide» improvisado en la época de la corta de helecho—retrepa la pendiente; con facilidad que envidio, José alcanza el «dolmen» que reseña «Munibe» con la denominación de «DOLMEN DE LANDARBASO». Rápidamente se desprende de su mochila y la oculta a la sombra de los pinos; pero «Munibe» reaparece en su mano.

(Continúa en la página 65)

El Roncalés Valle de Belagua y sus cercanas cumbres

Toda la zona montañosa de Navarra es rica en belleza natural, lo mismo en bosques y ríos que en montes, valles y parajes pintorescos.

Nosotros, los aficionados a recorrer macizos montañosos, hemos cruzado diversos valles navarros; Araiz, Ulzama, Baztán, Larraun, Araquil, etc., todos típicos, netamente vascos, y rebosantes de ese jugoso verdor, tan propio de nuestra región. También durante nuestras correrías montaÑeras hemos pasado muchas horas por las frondosidades de Quinto Real, Urbasa e Irati, ricas en arbolado y silvestre encanto, pero, sin ninguna duda, de las excursiones que más gratos recuerdos conservamos es de las efectuadas a Belagua, encaramándonos a sus cimas circundantes.

Por ello he creído oportuno ocuparme un poco de ese paraíso pirenaico que tenemos en Roncal, en la esquina N.E. de la provincia, lindando con Francia y Huesca. Allí precisamente se encuentra Belagua, como el más digno final del mejor rincón montañoso de Navarra.

Es un valle este de Roncal, antaño Erronkari, compuesto de unos pueblos ricos arropados por los contrafuertes del recio eslabón roncalés en la grandiosa cadena pirenaica. Y en uno de ellos, también llamado Roncal, nació el gran cantante Julián Gayarre.

Las erguidas montañas roncalesas se separan escasamente, y surcando sus abruptos contrafuertes descienden las frías y cristalinas aguas del audaz río Esca. Y sobre ellas tenemos la carretera, que une al valle con el resto de la provincia.

Los roncaleses son nobles y fuertes, y en su carácter se nota pronto una fuerte dosis de influencia aragonesa. Trabajan el campo, cuidan el ganado, de fina estampa y muy codiciado todo él, tienen especialidad en elaborar y curar queso, y también se dedican a las labores forestales. Muchas veces hemos visto en aquellos frondosos bosques cómo unos fornidos brazos derribaban hayas y pinos. Después, veíamos grandes pilas de troncos en los cargaderos de la carretera y en las orillas del río. Ahora ya, los camiones potentes y el progreso casi han acabado con el



El Valle de Belagua desde la Carchela.

(Fot. F. Ripa)

Borda de Juan Pito y el rocoso picacho de la Carchela.

(Fot. J. Ojanguren).

transporte fluvial, típico en Roncal, pero algunas primaveras todavía pueden verse descender por el río largas balsas de maderos, llamadas almadías, que son conducidas de forma arriesgada y emocionante por los rudos almadieros, que a su llegada al pie de las torres de La Pilarica pueden cantar aún recias jotas

roncalesas. La nieve del Pirineo, al fundirse y enriquecer el caudal del río que les vio nacer, les animó y llevó hasta el Ebro velozmente y sin necesidad de carburante.

Las moradas de los habitantes del Roncal son robustas, con tejados muy inclinados que nos hablan de la crudeza de los inviernos a causa de la nieve, son típicas todas ellas, y poseen la vitola característica de la casona pirenaica.

El colorido de los vericuetos de Roncal es muy igual, pero también muy sugestivo y original. A derecha e izquierda de la carretera que nos conduce a Isaba, unas casi verticales paredes que se elevan sin límite se engalanan primorosamente con apretados bosques de pinos y abetos, y de trecho en trecho asoman murallones o salientes bravíos de plateado peñasca, componiendo todo ello una incomparable visión, como un preludio de la grandiosidad de las montañas que por el N. protegen al valle roncalés.

Y aunque hasta Isaba todo es bello y abrupto, no habremos visto lo bueno, lo mejor de Navarra y Roncal, hasta que nos situemos en el valle de Belagua, cruzando el desfiladero de Las Ateas, donde hoy en día existe una carretera que borró el antiguo camino romano, al parecer testigo de las horrendas luchas entre roncaleses y baretoneses, promovidas hace muchísimos años por la inicial invasión salvaje de los segundos al Valle del Roncal. Del armisticio, logrado muchos años más tarde, data el histórico y reconciliador «PAX-AVANT» (Paz de hoy



en adelante), que todos los años se confirma con la asistencia de los alcaldes roncaleses y baretoneses (de Francia) el día 13 de Julio, con motivo del pago del tributo por parte del Valle de Baretona al de Roncal, consistente en tres vacas. Esta tradicional ceremonia se celebra año tras año en el Puerto de Hernaz, donde se halla la conmemorativa piedra de San Martín, muga con Francia núm. 262, sobre la que colocan sus manos los alcaldes prometiendo paz en el futuro.

Y al finalizar la carretera, ya en pleno valle de Belagua, nos encontramos dominadores, ya no nos aprisionan rocosos acantilados ni desnudos murallones que parecen ir a derrumbarse, todo lo contrario, la llanura es amplia, pintoresca y apacible, y aunque ante nosotros se alzan majestuosas montañas, éstas se alejan un poco, y nos tienden hacia el llano unas laderas agradables donde la vegetación impera.

De momento, la visión de Belagua nos recuerda un poco esos rincones alpinos que Suiza y Saboya tienen al pie del colosal macizo de los Alpes, y que el cine y la propaganda turística helvética nos dan a conocer. No exagero en la comparación, estoy seguro de ello. Durante mis andanzas por Pirineos me ha tocado visitar valles de las estribaciones, algunos, sitios de gran fama, con hoteles acogedores y diversos alicientes para el turista, y además no exentos de belleza natural, pero ninguno posee esa paz bucólica que reina en nuestro paraíso roncalés, ni esa grandiosidad tan salvaje e incomparable de

las cumbres que circundan el más apartado valle navarro.

Allí no encontraremos hoteles ni piscinas, y menos aún butacas de reposo en la pradera, sólo unas pocas bordas y cabañas del más puro estilo roncalés se pierden en la inmensidad del valle, cuajado de prados, tierras de labranza, cantarines arroyos que nutren el río Belagua, bosques, vegetación ilimitada, flores silvestres, rebaños, y animosos pastores. Y todo ello entre gigantescos montes que tienen la marca inconfundible del Pirineo: arrogancia, elevación y personalidad. La Carchela, Lácora, Arlás, Anié, Añelarra, La Mesa de los Tres Reyes, Paquiza de Linzola, Chamanchoa o Maz, Ezcaurre y Larrondoa, con sus contrafuertes, son las eminencias que se elevan sobre el pintoresco y apacible Belagua, rebosante siempre de sugestivo y perenne verdor.

La conquista de todas las citadas cimas puede iniciarse desde el valle. De entre las citadas, destacan principalmente el Anié y La Mesa de los Tres Reyes. La primera se halla ya en territorio francés, tiene 2.504 metros de elevación y para culminar la cima del Aunemendi o Montaña del Cabrito, co-



La Mesa de los Tres Reyes (2.434 m.) altitud máxima del País Vasco-Navarro

mo se le llama también, hay que atravesar un buen trecho del infernal terreno de Larra, inhospitalario y bravío como pocas zonas del Pirineo. A la Mesa ya es más fácil la ascensión, y su conquista siempre constituye un motivo de satisfacción para el montañero navarro, pues no en balde es la cota

reina de Navarra. Es magnífico en este sector pirenaico-roncalés recorrer sus altas cimas, en las cuales casi todos los años el invierno deja para el verano unos blancos y coquetones recuerdos, alcanzar la cúspide de cualquiera de aquellas moles erguidas de más de dos mil metros, y contemplar mientras descansamos en un collado todo el cercano sector central de Pirineos, cuajado de erizadas crestas, aflados picachos, neveros, lagos, y maravillosos mares de brumas bajas, pero creo que no hay nada comparable con los descensos hacia el llano después de haber conquistado alguna empinada cresta cimera y haber dominado desde su atalaya toda la grandiosidad de la Naturaleza. Solemos descender cruzando apretados bosques, a sabiendas de que la excursión no concluye con el descenso, pues casi siempre hay que seguir caminando por la llanura del amplio valle. Y este nos recibe acogedor como un

confortable albergue, rebosante de encanto silvestre, risueño de tonalidad, pletórico de armonía y paz, sin barullos ni estridencias. Solo se escucha a intervalos los gritos de los pastores, la algarabía de los rebaños, siempre dúziona y melodiosa, la canción del puro

torrente o el silbar del viento que penetra por los collados.

Antes de terminar me ha parecido justo recordar un momento a un gran hombre roncalés: Elías Garde (q.e.p.d.) Decidido y noble como todos los de su tierra. Desde muy joven cuidó ganado en Belagua y en las zonas altas de Larra. Como él nadie ha conocido los parajes citados. La ruta de Anié la conocía palmo a palmo, caminaba por aquellos laberintos de rocas y pinos carbonizados por los rayos con

la ligereza de un danzari, no conocía la fatiga, era el mejor guía roncalés, además muy aficionado y enamorado de las cumbres, y el ideal compañero en marchas de envergadura. Una traidora enfermedad le obligó a abandonar Belagua, y en su casa de Isaba, al pie de Ezcaurre, el coloso que le viera na-

cer, falleció todavía joven. Perdimos un buen amigo, una gran persona, y el mejor conocedor de los montes de Belagua. ¡Descansen en paz!

Y mucho más se podría escribir para elogiar el Roncal, que además de sus muchas bellezas, encierra en su demarcación un pintoresco valle, digna e ideal base para aquel sector del paraíso montañoso de Pirineos, en el que tenemos unas colosales cimas.

Todo en conjunto; valle apacible y rebo-

sante del más puro y original encanto, y cumbres majestuosas e incomparables por su altura, aspecto y arrogancia, hacen que Belagua, y el Roncal, sean la zona ideal para el montañismo y las salidas turísticas, digna de ser visitada como otros rincones de la provincia, y también de ser protegida cual Parque Provincial por la Excelentísima Diputación Foral y Provincial de Navarra, ya que sin duda alguna el Roncal debe ser el orgullo de los navarros.

ANGEL OLORÓN

DEL CLUB DEPORTIVO NAVARRA

«DOLMENES EN LANDARBASO»

(Viene de la página 61)

—Mira—me dice pasando con rapidez las páginas—aquí, la planta y el corte del dolmen... Una foto obtenida en el curso de la excavación. Más adelante, en la página 33, el dibujo a su tamaño natural de los cuchillos de sílex encontrados; otra pieza de piedra en la 34 y un hacha pequeña y perfecta en la foto de la página 40 donde se presenta en comparación con otras de distintas procedencias...

Es fácil observar detalles de que esto ha sido removido y estudiado; realmente sería emocionante presenciar la escena de la búsqueda de los cuchillitos en el cernido trabajoso y lento de las tierras extraídas de la cámara del monumento...

...En la dirección de San Sebastián, por encima de Santiagomendi, veo avanzar una masa de nubes color plomo, a baja altura. Adivino la galerna. José se muestra apesadumbrado. Quería llegar en el día a Santiagomendi para recrearse con la panorámica que acompaña el trabajo de los dólmenes de IGOIN-AKOLA en «Munibe», pero el tiempo estropea su plan—y yo me tranquilizo—.

Replegamos nuestras cosas y descendemos, por el camino del caserío a «Epel-erreka» para alcanzar el que trajimos a la mañana cuando los primeros truenos de la tormenta entenebrecen el ambiente.

CARLOS MENAYA

SECCIÓN DE PROFAGANDA DEL GRUPO DE
CIENCIAS NATURALES DE «ARANZADI»

A SALTO DE REBECO

EXPERIENCIAS DE UN CAMPAMENTO FORZOSO A 3.100 METROS DE ALTITUD

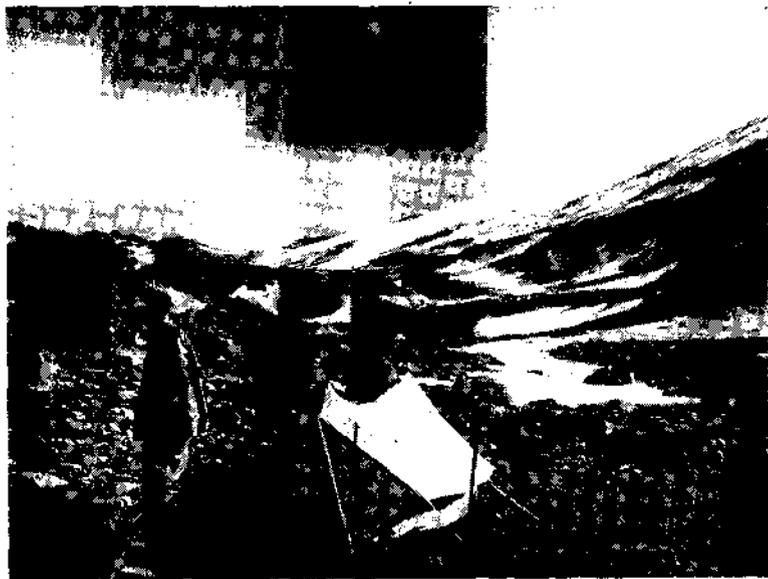
A Reyes Corcóstegui, compañero ideal de un buen número de mis mejores excursiones de Alta Montaña.

Si, fué una experiencia interesante la que viví la noche del 28 al 29 de Mayo de 1949. Cruzábamos la Sierra Nevada desde Las Alpujarras a Granada. De mis notas múltiples de montañero vagabundo acaso sean algunas de las que se refieren a esta excursión las que evocan, ahora, situaciones difíciles más tiempo prolongadas; el instinto y la tenacidad nos permitieron soportarlas. Voy a referirme a una de ellas, la más imprevista, porque el hecho tiene el valor de lo anedótico poco corriente y además el de lo experimental. Una nevada tardía había cubierto la inmensa masa orográfica, manteniéndola blanca y helada por encima de los 2.800 metros.

* * *

MULHACEN.—Las 18,45 (Hora solar).

Iniciamos el descenso. Hace calor y una reverberación extraordinaria, moviéndose y brillando cegadoramente a un tiempo, convierte al espacio en una masa líquida aturridora. Deslizándonos sobre la brillante superficie de su ladera meridional, rápidamente vamos dejando arriba el montón de arruinadas construcciones que corona al Rey de Reyes Ibérico. Una caída afortunada de mi compañero vencido por el volumen y el peso de la mochila, nos advierte a tiempo que debemos prescindir de resbalar por las pendientes fuertes. Así, sacrificando la velocidad a la seguridad, buscando los afloramientos rocosos y las superficies más tendidas, nos sorprende el rosado crepúsculo con la rapidez característica de las zonas meridionales. No perdemos la calma, pero sí la esperanza



«No lo pensamos más y salimos al exterior. Son las 11 de la mañana» (Al fondo el Collado de La Caldera y el Circo de igual nombre).

(Fot. L. Peña Basturlo).

El Rey de Reyes Ibérico.
(Vista tomada desde
el Cerro de Los Ma-
chos: Cuchillos del
Veleta y Circo de Rio
Frío, Cerro Pelado,
Collado de La Calde-
ra, Mulhacén, y
La Alcazaba).

(Fot. L. Peña Basurto).



de alcanzar la zona libre de nieves. Desde lo alto, en lo absolutamente desconocido, en aquel mar geológico impresionante, buscamos con angustia la oscura superficie, no lejana, que representará para nosotros el lugar limpio de nieves y seco donde poder plantar la tienda y pernoctar. Dominamos todavía el estrecho collado que separa Cerro Pelado del Mulhacén; en él una tersa y azulenca superficie helada delata el vaso de la Laguna de La Caldera; un poco más abajo de un pequeño lagunillo también congelado emerge y se precipita tumultuosamente hacia el Barranco de Poqueira el torrente o río Mulhacén. Siguiendo con la vista su curso, saltando con él hacia abajo, divisamos unos planos lagunosos y sin nieve, ya a esa luz débil y difusa que precede a la noche. Nos apresuramos. Centelleaban las estrellas en el firmamento cuando con ruidoso chapoteo cruzamos las charcas en todas direcciones buscando entre ellas un espacio seco. ¡En vano! Acosados por los escasos minutos de claridad que implacablemente escapan, saltamos de un brinco el ancho cauce del torrente y, corriendo casi, subimos hacia su emergencia. Un pequeño e insignificante altozano se nos ofrece, al fin, herboso y seco. Las 20,45; dejamos las mochilas en el suelo. Súbitamente he padecido un fuerte escalofrío. Hace frío, un frío sutil y agudo que penetra en mi organismo, atenazando los mús-

culos y hasta la voluntad. Apresuradamente mientras extendiendo las lonas, clavo las clavijas, planto los mástiles y tenso la tela reciamente, me domina una inquietud nunca sentida y tengo el presentimiento de que una aventura de nuevo tipo, absolutamente insoslayable, acaba de empezar. ¡Ya está! Grito a mi compañero que fué al torrente a llenar de agua todos los recipientes disponibles. Mientras cambiamos nuestros mojados calcetines por otros secos, trato de adivinar el futuro... Nos ponemos toda la ropa que poseemos, entramos y cerramos apretadamente las dos telas de la puerta. Las 21,15... La cocinilla ardía bajo la blanca tienda; desde fuera debía parecer una enorme luciérnaga tratando de hacer competencia a la extraña claridad producida por millones de estrellas.

¿Qué hora de la noche o de la madrugada es? ¡Cualquiera! Todo mi cuidado se concentra en que no se apaguen los tres fragmentos de vela que he de encender no ha mucho y que arden en otros tantos ángulos; que no baje la presión de la cocinilla al rojo vivo en otro; en tapar, en cerrar herméticamente la tienda colocando sobre los faldones interiores todos los útiles que tengo a mi alcance... Fumamos y fumamos. El frío va en aumento y resulta ya totalmente químérico tratar de conciliar el sueño. Cada 45/60 minutos, caliente agua y preparo café con leche que bebemos casi al punto de ebulli-

ción. Nos arrimamos; apretadamente tratamos por enésima vez de darnos mutuamente calor. Fuera, el ruido, el estruendo del torrente cercano se ha convertido en un rumor... Fumamos.

Comienza a amanecer. Es una lívida claridad la que parece resbalar sobre la lona. «Pronto terminará esto», comentamos. Las 4, las 5, las 6... las 9, ¡Las 10!... Un rayo de amarilla luz ha penetrado en el pequeño circo; lo vemos acercarse a nuestra tienda; parece luego que va a rodearla; nos sobresaltamos y la seguimos ávidamente con los ojos... ¡Ya! Se ha posado tímida y silenciosamente sobre el blanco tejido. Lentamente se va agrandando y, al fin, es como si nos enfocara un gigantesco reflector caldeando suavemente el ambiente. No lo pensamos más y salimos al exterior. ¡Son las 11! Hemos permanecido 14 horas bajo aquella leve vivienda que contemplamos. El torrente está semi helado, de sus orillas penden largos carámbanos que el de nuevo creciente caudal, a pesar de su violencia, no podrá romper sin la ayuda del sol...

* * *

Todo ha sido recogido. Tomamos el último sorbo de café bien azucarado, y mascando unos terrones de azúcar, nos ponemos en marcha hacia el Picacho Veleta... Son las 11,25. En la espalda, a través de las ropas y del impermeable, sentimos una tibia y dulce caricia confortadora.

OBSERVACIONES

Vestimenta.—Careciendo de mantas, hubimos de ingeniarnos un medio para tratar de conservar al máximo nuestro propio calor. Los impermeables completos hicieron de caparazón aislante. El pantalón lo atamos por la cintura sobre la chaqueta; las bocas de sus pertrenas las cerramos herméticamente con gomas, precisamente sobre la caña de las botas. Al cuello la bufanda, sobre

la cabeza la boina y, por encima de ambas prendas, el capucho. Las manos enfundadas en guantes con cuyas correas cerramos las bocamangas.

Dieta.—La cena se compuso de algunos trozos de jamón, dos huevos crudos, queso, vino, pan y azucarillos; como remate medio litro de café con leche. Luego, aproximadamente cada hora, un vaso de tal combinación.

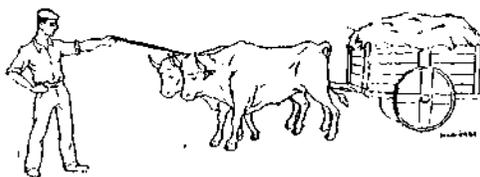
Alojamiento.—Entre los errores que cometimos éste fué el fundamental. El montaje de la tienda no fué adecuado. Al no estar el terreno completamente seco hubimos de utilizar la doble techumbre —plegada en dos— como pavimento en lugar de colocarla en su lugar sobre la tienda o celda propiamente dicha. Así, ésta quedó expuesta directamente al ambiente exterior sin la protección de una cámara aislante de condensación.

Irreflexiblemente, también cometimos errores de otro tipo. Mi compañero bebió varias veces alcohol del botiquín, de 90 grados; yo aun corrí un riesgo mayor al ingerir una tableta de «Dormifeno». El alcohol le produjo a él fiebre, y, en cuanto a mí, tuve la suerte de que el soporífero no me hiciera el menor efecto.

Desconocemos las temperaturas que pudieran establecer con exactitud el frío que hubimos de soportar. Sin embargo el cambio fué raudo y brutal. Sin engaño, puedo asegurar que en la cima del Muthacén la temperatura no bajaría de los 20 grados sobre cero cuando iniciamos el descenso; el hecho de que decreciera muy notoriamente el aforo del torrente y la evidente congelación de sus orillas nos permite calcular un descenso mínimo de unos 30 grados entre las 19 horas del 28 y las primeras del día 29 de Mayo de 1949.

LUIS PEÑA BASURTO

DEL CLUB DEPORTIVO FORTUNA Y
DEL G. DE C. N. «ARANZADI».



En Picos de Europa

Después de largos y minuciosos preparativos, hemos podido ver logrado nuestro ferviente anhelo de pisar y vencer esos ingentes colosos de roca caliza que son... PICOS DE EUROPA.

Solo el grato recuerdo de haber tenido la dicha de admirar tanta grandeza y maravilla nos queda de estos doce días fugaces que hemos pasado ilusionados en este enorme Paraíso verde y blanco de vegetación y roca.



El famoso Pico de Urriello, más conocido por el Naranjo de Bulnes.

Enclavado en su extensa área está el Parque Nacional de la Montaña de Covadonga, considerado así por su exótica belleza completamente salvaje, donde el hombre semeja ser pigmeo, ante tanta grandeza que el Creador ha prodigado a esta zona de nuestra Patria.

Con gran entusiasmo emprendimos nueve montañeros la ruta para la gran aventura...

Los colores del G. M. JUVENTUS y del BILBAO ALPINO CLUB ambas sociedades representadas iban una vez más a ondear victoriosos en picachos y riscos.

Tras un incómodo viaje en plataformas entre toda clase de «bártulos» hechos verdaderos «sandwich» llegamos sin ningún contratiempo a Potes, después de admirar la garganta del río Deva a nuestro paso por La Hermida.

En la furgoneta del simpático «Nino» de unas doce plazas, colocamos las nueve enormes mochilas y con unas veinte personas—por que no llegaron unos músicos—hechos unos ovillos remontamos a buena velocidad la suave pendiente que de Potes asciende a Espinama, punto final de nuestra marcha «sobre ruedas».

Tuvimos que alquilar en Espinama los servicios de un carro de bueyes para subir hasta el Chalet Real todo el enorme peso que llevábamos y al mismo tiempo cargar leña para los días que pensábamos acampar en dicho lugar.

Por camino carretero que asciende siempre a la derecha del curso del río Nevandi llegamos a los invernales de Igüedri, desde donde se puede admirar gran extensión de las partes bajas de estas montañas con prados, robles, hayas, helechos que forman toda una verdadera gama de tonalidades verdes. Al frente, airoso, el Pico Valdecora parece que nos cierra el paso, pero el camino zig-zaguea y de pronto nos hallamos ante la Portilla—un arco de piedra con una puerta que cerramos a nuestro paso para que no baje el ganado que pasta en los Puertos de Aliva—o cinco minutos la magnífica fuente de Covarance nos calma la sed que el calor sofocante que reina nos produce. Después Campojo. Un letrero indicador nos orienta que estamos a 2.500 mts. del refugio, otra vuelta más, y podemos admirar la magnífica construcción que el Patronato Nacional de Turismo hizo levantar en las praderías de Aliva. Pasamos el refugio y por fin llegamos al Chalet Real lugar donde levantamos el campamento.

El paisaje es completamente diferente. En toda la extensión de la pradería no existe un solo árbol, solamente misereros anabios, que-

don esparcidos acá y acullá. Por todos los contornos cierran la vista enormes peñas entre las que destacan sus siluetas Peña Vieja y Cortés. Cerca del campamento y al pie de Peña Vieja tenemos la Fuente del Resalao con dos enormes charros de agua completamente helada.

Desde el Chalet Real como base de partida en cinco días sucesivos escalamos las pétreas cimas de Peña Vieja (2.606 mts.) Peña Cortés (2.363 m.) Torre del Lambrión (2.640 m.) altura



máxima de este maremágnum de rocas, Tiro del Oso (2.564 mts.) y Torre de los Horcados Rojos (2.501 mts.) Atravesamos los enormes y profundos hoyos o «jous» como los llaman los astures, de los Boches, Engros, Tras-Llambrión Tras-el-Picú, Hoyo Grande y «Jou sin tierra» con innumerables simas o «torcas».

Y no exagero al decir que cruzamos afiladas cresterías sobre pavorosos precipicios, trepamos por rampantes aristas y «llambrias», teniendo que usar en más de una ocasión la cuerda, objeto imprescindible en Picos.

Siempre es la misma visión en esta endiablada zona—como la denomina el célebre alpinista que ha explorado todos sus rincones, Sr. Boada—del Macizo Central, de rocas y más rocas, sólamente de vez en cuando se halla el paisaje salpicado de motas blancas de los heleros o «cembas».

También la quietud y el silencio mortal que reina es roto por algún «rebeco» único habitante que con destreza y agilidad sin igual, vive en esas soledades.

En el sexto día de nuestra llegada, trasladamos el campamento a La Villa, pueblecito situado cerca del de Bulnes. Después de despedirnos del modesto Juan Toribio (1.896 mts.) descendimos a las Vegas de Sotres siguiendo el curso del río Duje hasta El Tejo, aquí cruzamos el río y por las majadas de Quaceya y Canero alcanzamos el collado de Pandébano, descendiendo hasta La Villa. Visitamos también el pueblecito de Bulnes. Desde La Villa efectuamos las más interesantes escaladas.

La Peña Main fué escalada sin cuerdas por la cara Sur desde La Villa y también por la garganta de Balcosin, Camburero y Jou Lluengo llegamos a la base del famoso monolito del Naranjo de Bulnes o Pico Urriello con 2.505 mts. escalando en magnífica encordada con el Jefe de Guías Nacionales, D. Alfonso Martínez, cuatro de nuestra expedición. También la cumbre del Neverón de Urriello (2.532 mts.) fué visitada.

Ya satisfechos de haber vencido en el Macizo Central, por las Salidas de Bulnes, llegamos al Puente de la Jaya, visitamos Puente Poncebos y nos disponemos a cruzar la grandiosa garganta del río Cares. Unas cuatro horas invertimos en atravesarla hasta Coín. La senda apenas perceptible en algunos tramos—pues ahora trabajan en su ensanchamiento—labrada siempre en la roca, discurre por los lugares más inverosímiles de las fragosas paredes de la garganta. En el fondo, a 200 o 300 mts. debajo de la senda, los limpidas aguas del Cares corren entre murmullos, alimentando en su seno a las inquietas truchas. Pasamos Culiembro y nos acercamos al antiguo Puente de Trea. Dos nuevos puentes, el de Bolin y el de Los Rebecos suplen a los antiguos de Trea y Trascámara. Esta noche acampamos en Caín de abajo a orillas del río Cares.

Llega a nuestro recuerdo y comentamos la historia de que «un muerto mató a cuatro» al despeñarse cuando conducían un cadáver de Caín de arriba al barrio de abajo. Verdaderamente todas las sendas están labradas en la roca y colgadas de precipicios que imponen al turista o viajero.

Salimos de Caín de abajo y nos dirigimos al barrio de arriba para ascender por la casi vertical Canal de Mesones al Jou Santu.

El tórrido sol, que nos viene haciendo desde el primer día, nos abrasaba. Todos los mantiales estaban secos. Y cuando creíamos vencer ya en el Macizo Occidental, tuvimos que desistir a causa de un elemento... la falta de agua. Ni heleros quedaban. Solamente uno pequeño al pie de Peña Santa de Enol que fué lo suficiente para calmarnos de momento la horrible sed que sentíamos. Acampamos en el «Jou Santu» a 2.200 mts. cerca del helero, después de haber pasado por la cumbre del



Monte Corona (2.100 m.) Se ocultó el sol entre las peñas lanzando tenues rayos que presagiaban una noche sofocante. Justo el tiempo para poder admirar las peñas que en círculo estaban a nuestro alrededor. Peña Santa de Castilla, Torre del Torco, Torre del Medio, y Peña Santa de Enol rodean al Jou Santu. Después nada... nos entregamos a Morfeo.

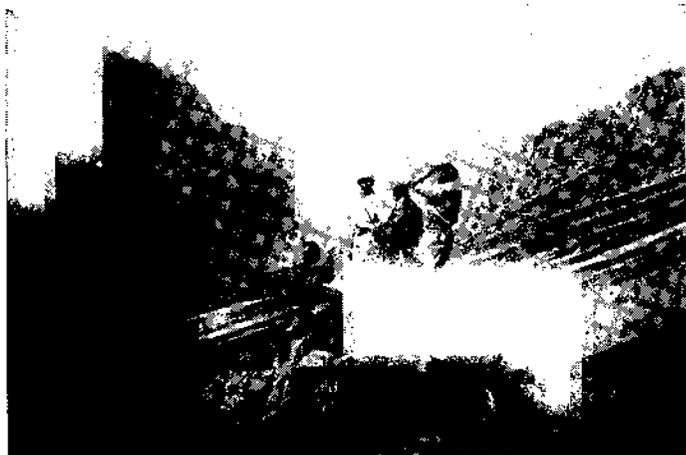
Amaneció. Con bastante pereza dejamos el santo... suelo, pues nos hallábamos en el Hoyo Santo. Alcanzamos la horcada de Santa María y siempre descendiendo, bordeamos Torrezuela y... nos despistamos de nuestro verdadero objetivo que era el Refugio de Vega Redonda. La horrible sed no nos daba ni ganas de orientarnos aunque llevábamos planos y brújulas. Solo pensábamos descender en busca de agua y lo conseguimos.

Por fin llegamos al curso del río Dobra en su paso por la Majada del Monte Carombo (2.005 metros).

Comimos. Los pastores nos proporcionaron leche tibia y queso. Dejamos la majada y por la gorganta del Dobra llegamos a la Majada de Vellanzo y después a la de Angón. Ya era tiempo. Unas densas nubes cubrían completamente el cielo. Y aunque lejano, apercibimos el eco del trueno al vibrar de roca en roca. Rápidamente avanzó la tormenta. Al fulgor del rayo sucedía el fragor del trueno, armando tal infernal concierto que hasta los sordos pudieran haberlo oído. Fué corta pero espantosa. Un pajar que nos cedieron unos amables pastores, nos salvó de una segura mojadura.

Entre «siri-miri» salimos de Angón, cruzamos el pueblo de Amieva y descendimos a la carretera llegando al barrio de Cernella.

Tomamos el autobús correo de Oseja de Sajambre a Cangas de Onís, llegando a este último punto, después de recorrer la cuenca del río Sella. En otro autobús llegamos a Covadonga. Visitamos la hermosa basilica y la gruta. Y después de comer de despedida de Picos en el Hotel Pelayo, por Cangas de Onís y Arriendas llegamos a Llanes donde pasa-



Un grupo de montañeros vascos en Picos de Europa.

mos la noche. Un día más de tren y como fin de etapa Bilbao.

Se han acabado ya las vacaciones y la vida cotidiana de trabajo a vuelto, pero el recuerdo imperecedero de estos doce días pasados en aquel Paraíso no se borrará en la vida.

J. A. Oyarzábal

DEL G. M. JUVENTUS

UNTZILLAITZ (941 METROS)

(Viene de la página 57)

Nota.—Como decíamos anteriormente, los montañeros, en general, y los escaladores, en particular, pueden en esta peña adiestrarse en recorridos por zonas de roca, especialmente los que pretenden realizar excursiones de Alta Montaña.

Es interesante hacer constar, asimismo, que los espeleólogos tienen extenso campo de acción por el crecido número de cavernas que se hallan en esta mole caliza, siendo las principales:

CUEVA DE SAN MARTIN.—Enclavada

en la cara S.O. (cerca del final de la gran pedriza de Markuarre).

ERREKAKOBIE.—Se halla en la cara S. O. (en nivel algo inferior al portillo de Saukukobie).

BOLINKOBA.—Enclavada en la cara S.O. (aproximadamente 150 mts. sobre el nivel del camino de Mendiola).

Y además: las cuevas de Astakoba, Urrekoba, Ferrerkoba, Saikoba, Koberretas, Saukukobie, etc.

Bilbao, 20 Junio 1951.